LAS PERRAS DEL OLMO

Colección Un botón

Olga Jespersen

El buque fantasma

LAS PERRAS DEL OLMO

Colección Un botón

Olga Jespersen

El buque fantasma

Transcripción y edición

Silvia Alicia Manzanilla

Hybris

Material digital elaborado sin ánimo de lucro por Silvia Alicia Manzanilla para fines didácticos y de difusión, como parte de las labores de difusión del proyecto Hybris.

Primera edición digital:
Mérida, Yucatán, México.
Mayo de 2024.

CC BY NC

Esta publicación forma parte de las actividades de retribución del proyecto posdoctoral "Humanidades Digitales y estudios de género: recuperación, recopilación y visibilización de la literatura hecha por mujeres en y de Latinoamérica y el Caribe hasta 1960" (2022-2024), financiado por CONAHCYT, a través de la UADY, y ha contado con una ayuda del Centro de Investigaciones Silvio Zavala de la Universidad Modelo.

Página de la colección:
https://hybris.mx/unboton/

hy00000517

Olga Jespersen, mejor conocida como Olga de Adeler, nació el 22 de octubre de 1877, en Dinamarca. Falleció el 31 de enero de 1968, en Olivos, Provincia de Buenos Aires, Argentina, a los 90 años.

El buque fantasma

Olga Jespersen

La lluvia que lenta y monótonamente envolvía al buque coloso, impedía aquella tarde todo entretenimiento al aire libre, sobre cubierta.

Por especial invitación, un núcleo de pasajeros se hallaba reunido en el confortable departamento del capitán, y la conversación, muy animada, giraba en torno del eterno argumento, atrayente para todo navegante sometido a la traición de los mares: la mística marina con todas sus supersticiones y raras coincidencias.

Una de las damas que interesadísima escuchaba esos relatos inverosímiles, preguntó de pronto:

—¿Y usted, capitán, cree, de veras, en todas estas ridiculeces?

El viejo marino que durante más de una veintena de años surcara con su nave el océano, parecía dispuesto a esquivar la contestación, mas por fin, dijo:

—En realidad, señora mía, no sé qué responderle. Recuérdese, más bien, de lo que el inmortal Shakespeare opina al respecto: "There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dreamt of in our philosophy..."

La diplomática evasiva despertó entre los presentes franca hilaridad, cortada por la observación de otra señora:

—¿Pero existe o habrá existido "El buque fantasma"?

El capitán a quien fue dirigida la pregunta respondió cortesmente:

—La navegación, señora, en otros tiempos era tan llena de peligros y espantosos sucesos, que, naturalmente, dieron origen a estas leyendas terroríficas, de las que, la más célebre sin duda, es "El buque fantasma".

—¿Basada en qué, capitán?

—Según informa la tradición un marino holandés blasfemo, por

justo castigo de Dios, fue condenado a navegar sin tregua por todos los mares: el sueño huye de sus párpados; los puertos y lugares donde pueden los barcos echar anclas se apartan del barco maldito que no trae sino desgracias y cuyo capitán, cuando suenen las trompetas en el día del juicio, será arrastrado por Luzbel a los infiernos. Yo les doy la historia, señores, tal como ha pasado de generación en generación.

Un señor inglés, exprofesor de una famosa universidad británica, explicó ahora:

—Lockhart, mi compatriota, quien se dedica fervorosamente a la investigación de tales leyendas, ha procurado esclarecer la cuestión de si el fatídico holandés fue, o no, un personaje histórico. En una revista publicó, vez pasada, el resultado, hijo de prolijos estudios. Parece que no hay figura determinada que encaje en esta narración fantástica. Si no me equivoco, aparece por primera vez en el siglo XVII y concuerda muy bien con la historia de Rambaut van Dam, desparecido en un viaje a América y a quien alguien oyó proferir terribles blasfemias...

—Pero antes que este holandés naciera vivieron ya otros marinos, con bien poco temor de Dios, y de los que se contaban igualmente castigos parecidos –intercaló otro de los presentes.

—¡Por supuesto, señor! –admitió el profesor a quien el capitán cortó la palabra–. Pero esta historia novelesca se ha esparcido por todo el mundo. En las costas del Báltico, por ejemplo, es un buque errante por las aguas de este mar. En otras regiones es un barco negrero tripulado por muertos o esqueletos.

—Y yo he oído contar, también, que la fantasía de los chinos evoca a un junco maldito vagante por las aguas del Celeste Imperio –observó otra persona del grupo.

Una señora alemana agregó entusiasmada:

—En mi opinión, la única ventaja es que la leyenda ha servido para inspirar tan admirablemente la lira de Enrique Heine...

—Y también a Wagner, quien la inmortalizó en su ópera...

Una señora, hasta entonces silenciosa oyente, dijo de súbito con leve estremecimiento:

—A mí me espanta un poco esta conversación macabra, pues

tanto la leyenda, como la música de Wagner han intervenido extrañamente en mi vida...

Aunque expresada con suma sencillez y reserva, su observación despertó la más viva curiosidad en el grupo y, a pedido de varios presentes, la señora les refirió entonces, cómo ella, siendo una criatura de pocos años. cierta mañana, en su ciudad natal, Copenhague, iba paseándose de la mano de la madre. Había nevado, y la nieve, confundiéndose con la tierra negruzca, formaba poco a poco un barral que dificultaba enormemente el tráfico de los vehículos. Junto a la acera, marchaba, a par suyo, un hombre rengo que empujaba un organito, sobre el cual un mono, ridículamente ataviado con un chalequillo rojo, divertía a los transeúntes con sus gracias, mientras bailaba al son de la música, seductora y melodiosa.

Desde una calle lateral, un carro, atado con un caballo blanco, viejo y flaco, al doblar la esquina, dio un vuelco con tan poca suerte que el animal, cuyas fuerza apenas alcanzaban para arrastrar la carga, rodó al suelo. El conductor, apeándose, comenzó a castigarlo, despiadadamente, con el látigo, pero sus esfuerzos resultaron vanos. Se formó en torno del grupo densa aglomeración y se oyeron violentas exclamaciones, enojosas unas, compasivas otras:

—¡Pobre bestia, no se levanta más!

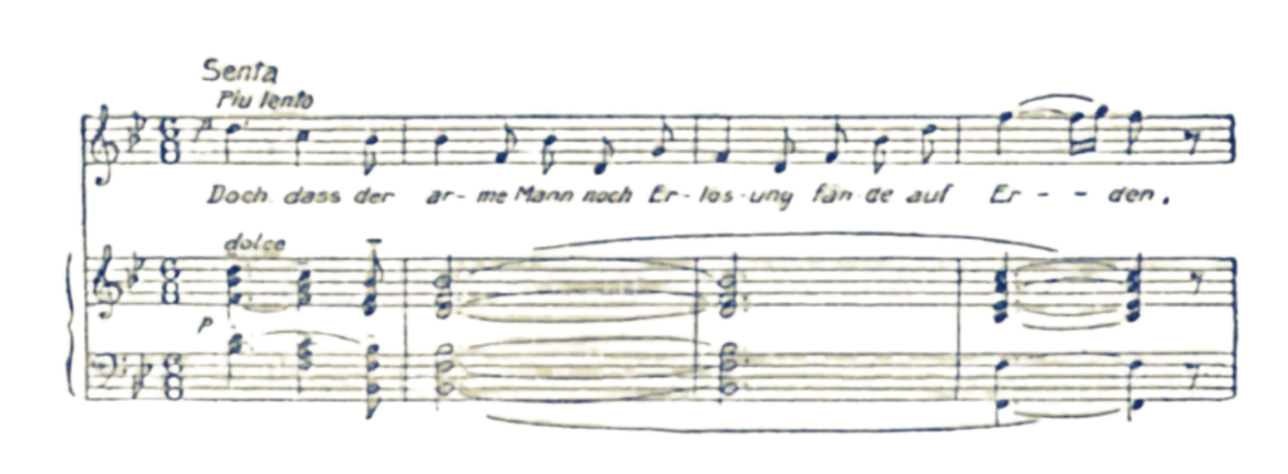
— ¡Está muerto!

¿Muerto? Aunque les parezca inverosímil, esta era la primera vez que me rozara tan de cerca la palabra muerte. Ignoraba, entonces, lo que significaba e interrogué a mi madre al respecto, pero confieso, con toda franqueza, que no comprendí sus explicaciones. La muerte debía ser algo terrible. Yo, con mis propios ojos, había visto al caballo tirar con todas sus fuerzas, la tremenda carga, y luego caer, tieso e inmóvil sobre el suelo, para no levantarse nunca más. En mi fantasía infantil se formó la opinión de que tal vez llevábamos, suspendido sobre la cabeza, algún instrumento mortífero algún hacha invisible que en el momento dado, caía... Aunque mamá me alejó, apresuradamente, de aquel sitio, se fijó para siempre en mis pupilas y en mi memoria, esa escena callejera: el caballi-

to blanco, muerto, y cerca, muy cerca el órgano con su mono que hacía piruetas al son de la música, aquella música tan armoniosa y dulce...

Pasaron quince años...

Habíamos resuelto hacer un largo viaje al extranjero y para pasar agradablemente la víspera, mamá propuso que fuéramos al teatro, donde se representaba una ópera de Mozart. Al llegar, a la hora indicada, nos enteramos con pena de la alteración del cartel... en vez de "La flauta encantada", nos ofrecía "El buque fantasma", de Ricardo Wagner. Ninguna de las dos conocíamos esa composición, y por lo tanto resolvimos escucharla. Llegados al pasaje de la famosa Balada de Senta, tuve de pronto la sensación extraña de conocer esa parte... de haber oído, en algún sitio, esa melodía... Distinguí muy claramente el texto:



De pronto, se presentó con exacta clarividencia ante mi mente la escena callejera de mi primera infancia: el caballito blanco –el órgano–, la música, sí, esa misma música, jamás escuchada desde entonces... Hasta pasó cual un reflejo rapidísimo el primer concepto que me había formado respecto de la muerte.

Nos retiramos antes de terminar la función porque mamá se sentía levemente indispuesta. Llegadas a casa desmejoró; llamamos un facultativo, mas, no obstante todos los recursos empleados, en las primeras horas de la madrugada mi madre falleció...

En el pequeño grupo de oyentes reinaba un silencio impresionante. La señora, visiblemente afectada por el recuerdo, continuó apresurada su relato:

—Pasaron unos cuantos años más; yo seguía viviendo en casa,

donde mi padre me rodeaba de toda clase de atenciones y mimos. Había adoptado la grata costumbre, antes de ausentarse para dedicarse a sus quehaceres, de tomar en mi alcoba, junto conmigo, el desayuno. Durante estas sus visitas matinales arrancaba infaliblemente del almanaque, colocado en la pared cerca de mi cama, la hoja de la fecha pasada, y al último día del mes, la lámina correspondiente. Nos causaba singular placer el adivinar la posible sorpresa que nos reservaba nuestro amigo el calendario, si sería un paisaje… alguna reproducción de un cuadro célebre o simplemente un panorama de ciudades desconocidas.

Recuerdo como si ayer fuere ese último día del mes de junio. Era domingo. A la mañana mi padre entró como de costumbre en mi aposento y acercándose a mi cama, me dijo:

—Vamos a ver, hijita, qué sorpresa nos presenta hoy el almanaque.

Aflojó con prudencia, espiando, la hoja ilustrada. Pulgada tras pulgada vimos aparecer lo que debía ser un magnífico paisaje marítimo… El cuadro representaba…

—¡El buque fantasma! –exclamaron a la vez, e involuntariamente, varias voces.

La narradora, asintiendo con un gesto, repitió:

—¡El buque fantasma! El velero fatal en todo su esplendor, con sus grandes lienzos tendidos cual alas negras sobre un cielo ensangrentado y sobre olas rojizas…

—¿Y?

—En aquel instante mi sangre se heló de terror. Ese mismo día, a las tres de la tarde, mi padre fue víctima de un síncope y falleció repentinamente… ¡La tercera caída del hacha…!

Aunque nadie dudaba del lógico desenlace del relato, la afirmación final resultó sobremanera impresionante para todos. La misma protagonista, como para alejar de su memoria los dolorosos hechos, levantándose bruscamente, exclamó con leve escalofrío:

—La nave misteriosa que se llevó a los dos seres que más he amado en el mundo.... Si vuelve a aparecer, será, tal vez, para llevarme a su bordo…

Este material didáctico se puede descargar gratis en el sitio web de Hybris

La colección Un botón fue creada por el proyecto Hybris para ayudar a difundir la obra narrativa de escritoras de Latinoamérica y el Caribe, nacidas entre el siglo XV y 1940. Consiste en le reedición de un único cuento seleccionado como ejemplo del talento de alguna narradora, a modo de probadita e invitación a la lectura.

Estas pequeñas publicaciones no persiguen fines de lucro, sino que están pensadas como material de apoyo para quienes se dedican al estudio y la enseñanza de la literatura, así como para el público general que desee conocer más sobre el aporte literario de las poetas de dichas regiones del mundo.

Colección

Un botón